

"Obediencia"

Romanos 6:16 dice: “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?” Ahora bien, nuestras decisiones determinan la dirección de nuestras almas. O estamos sirviendo a Dios o estamos sirviendo al pecado. Muchos están esclavizados o atados a hábitos pecaminosos y hacen cosas que ellos mismos detestan. Lo que han elegido hacer les causa daño a ellos mismos y a quienes aman.

Es triste estar cautivado por el pecado, pero es inmensamente gozoso servir al Señor. David escribió acerca de Dios en el Salmo 16:11, “Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre.” Servir a Dios es, sin duda, sabio. Los placeres pecaminosos de este mundo traen solo felicidad temporal y al final exigen el salario del pecado, que es la muerte (Romanos 6:23). Pero seguir a Jesús nos trae una nueva vida (Juan 3:5), una vida abundante (Juan 10:10), y vida eterna. Romanos 6:23 dice: “Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.”

Nuestra lectura de hoy proviene de la epístola de Pablo a los Filipenses, capítulo 2, versículos 5 al 11, donde habla sobre la obediencia de Jesús:

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

Qué ejemplo tan tremendo de obediencia es Jesús para todos nosotros. Oremos. Oh Padre, ayúdanos a obedecerte así como Jesús te obedeció. A amarte así como Él te amó. Y ayúdanos a amarle a Él, a amar la verdad y a hacer tu voluntad siempre. En el nombre de Jesús, Amén.

La obediencia siempre comienza con escuchar y respetar a quien habla. Significa prestar atención a las palabras que se dicen y seguirlas. En la vida aprendemos a obedecer a nuestros padres, maestros, policías y otros funcionarios. Aprendemos que las reglas importan. Una de las grandes lecciones de la vida es entender que Dios habla en serio. Él no tartamudea ni se retracta de sus mandamientos. Él espera que la gente obedezca lo que ha dicho.

El Señor Jesús dijo en Mateo 11:15: “El que tiene oídos para oír, oiga.” Está enfatizando la necesidad de escuchar cuidadosamente las instrucciones. En el monte de la transfiguración, cuando Pedro quiso honrar a Moisés y Elías, Dios habló desde el cielo en Marcos 9:7: “Este es mi Hijo amado; a él oíd.” Por esto los cristianos seguimos las instrucciones del nuevo pacto encontradas en el Nuevo Testamento. No miramos a Moisés ni al antiguo pacto para nuestra relación con Dios en Cristo.

Escuchar no es fácil; requiere concentración en lo que se dice. Cuando la gente no presta atención, termina haciendo algo diferente a obedecer al Señor. Muchas personas quieren decirle a Dios lo que quieren hacer, en lugar de escuchar lo que Dios les dice que hagan. La primera lección de un maestro de primer grado es lograr que sus alumnos presten atención a las instrucciones. En Proverbios 2:1 al 5 un padre le habla a su hijo sobre escuchar y ser sabio. Le dice: “Hijo mío, si recibieres mis palabras, y mis

mandamientos guardares dentro de ti, haciendo estar atento tu oído a la sabiduría; si inclinares tu corazón a la prudencia, si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz; si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros, entonces entenderás el temor de Jehová, y hallarás el conocimiento de Dios.”

Segundo, la obediencia requiere que nos humillemos. Los discípulos de Jesús tenían todos el deseo de ser los primeros en el reino de Dios. Santiago y Juan querían sentarse a la derecha e izquierda del Señor. Mateo 20:25 al 28 dice: “Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”

El cristianismo se trata de servicio humilde, no de enseñorearse sobre los demás. El Señor bendice a los que son “pobres en espíritu”, no a los que desean poder sobre los otros. Dios no puede usar a quienes están llenos de ambición egoísta, porque no están dispuestos a negarse a sí mismos, tomar su cruz cada día y seguirle. Más bien, quieren sus vidas para ellos mismos, pero al final perderán sus almas. Debes humillarte exaltando a Dios en tu vida. Jesús dijo: “No se haga mi voluntad, sino la tuya.” Y nosotros también debemos tener esa clase de humildad.

Tercero, la idea de obediencia se encuentra en el mandato de “guardar”. Moisés dijo a Israel en Deuteronomio 4:5 al 6: “Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová mi Dios me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis para tomar posesión de ella. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta.” Es sabio guardar los mandamientos de Dios, y necio ignorarlos, y peligroso quebrantarlos. Guardar algo significa proteger con conciencia lo que uno debe hacer. No tenemos derecho a editar los mandamientos de Dios para ajustarlos a nuestros deseos. Debemos mantenernos firmes en Su enseñanza.

El Salmo 78:6 al 7 habla a los padres y los anima a enseñar a sus hijos acerca del Señor: “Para que lo sepa la generación venidera, y los hijos que nacerán; y los que se levantarán lo cuenten a sus hijos, a fin de que pongan en Dios su confianza, y no se olviden de las obras de Dios; que guarden sus mandamientos.” La enseñanza del Señor permanece verdadera por todos los tiempos. Y los padres cristianos sabios transmiten la fe tal como les fue dada, guardando los mandamientos de Cristo y permaneciendo en Sus palabras. Colosenses 2:6 al 7 dice: “Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias.” Debemos vivir nuestra fe, manteniéndonos firmes en la verdad.

Cuarto, la obediencia no es simplemente oír; es hacer lo que se manda. Santiago 1:22 nos recuerda: “Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos.” Solo por haber escuchado la verdad no significa que la hayamos obedecido. Santiago 4:17 dice: “Y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado.” No solo debemos oír, debemos actuar. El concepto de “solo fe” que no actúa sobre lo que se enseña no está en la Escritura. La fe siempre actúa.

Hebreos 11: 8 al 10 dice: “Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.” Dios nos llama hoy a ser cristianos y a seguirle. No solo debemos oír el evangelio, debemos obedecerlo. Juan 3:36 dice: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.”

¿Ahora bien, cómo obedecemos al Señor? Bueno, el libro de Deuteronomio nos enseña cómo desea el Señor que se obedezcan Sus mandamientos. Cuatro cosas son prominentes en este libro. Primero, Dios desea ser obedecido con cuidado. Deuteronomio 6:24 al 25 dice: “Y nos mandó Jehová que cumplamos todos estos estatutos, y que temamos a Jehová nuestro Dios, para que nos vaya bien todos los días, y para que nos conserve la vida, como hasta hoy. Y tendremos justicia cuando cuidemos de poner por obra todos estos mandamientos delante de Jehová nuestro Dios, como Él nos ha mandado.” Obedecer con cuidado significa prestar mucha atención para hacer exactamente lo que Dios enseña. Las palabras “cuidar” y “cuidadosamente” aparecen 27 veces en el libro de Deuteronomio en la versión New American Standard. Ser cuidadoso demuestra respeto por el Señor.

Segundo, debemos obedecer al Señor con amor en nuestros corazones. Deuteronomio 5:10 dice que Dios muestra “misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos.” El primer y gran mandamiento es: “Amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio 6:5). En Deuteronomio 10:12 al 13 Moisés pregunta: “Ahora, pues, Israel, ¿qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que temas a Jehová tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma; que guardes los mandamientos de Jehová y sus estatutos, que yo te prescribo hoy, para que tengas prosperidad?” Así que el amor debe acompañar nuestra obediencia.

Tercero, Dios espera que obedezcamos todos Sus mandamientos. Moisés clamó en Deuteronomio 5:29, “¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos mis mandamientos todos los días, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!” En Deuteronomio 8, Moisés reúne estas instrucciones. Dijo: “Cuidaréis de poner por obra todo mandamiento que yo os ordeno hoy, para que viváis y seáis multiplicados, y entréis y poseáis la tierra que Jehová prometió con juramento a vuestros padres.” El Señor Jesús también dijo a Sus discípulos en Mateo 28:20: “enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.”

Cuarto, el Señor quería que Su pueblo hiciera “tal como Jehová mandó”, que hicieran exactamente como se les enseñó, sin cambiar los mandamientos de ninguna manera. Moisés dijo en Deuteronomio 5:32: “Mirad, pues, que hagáis como Jehová vuestro Dios os ha mandado; no os apartéis a diestra ni a siniestra.” Nuevamente, Moisés dijo a Israel en Deuteronomio 8:6: “Guardarás, pues, los mandamientos de Jehová tu Dios, andando en sus caminos, y temiéndole.” Y en Deuteronomio 12:32 dice: “Cuidarás de hacer todo lo que yo te mando; no añadirás a ello, ni de ello quitarás.”

El Señor Jesús comprendía la necesidad de obedecer al Padre con amor, con cuidado, y exactamente como Él lo dijo. Jesús dijo a los apóstoles la noche antes de ser crucificado en Juan 14:31: “Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago. Levantaos, vámonos de aquí.” (Reina-Valera 1960). La versión New American Standard dice: “Pero para que el mundo sepa que amo al

Padre, hago exactamente como el Padre me ha mandado. Levantaos, vámonos de aquí.” Como Hijo de Dios, Jesús no se apartó de las instrucciones de Su Padre.

El Señor Jesús es el máximo ejemplo de obediencia al Padre celestial. Según Filipenses 2:7 al 8, como ya leímos, Jesús “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.” Aunque existía en forma de Dios, no se aferró a Su posición como Hijo de Dios como para no obedecer. No, Él se despojó de toda Su gloria y poder. Se humilló a sí mismo y se hizo siervo del Padre. La obediencia comienza cuando dejamos de lado nuestro orgullo y reconocemos que somos siervos del Padre. Y hacemos lo que Él dice.

El Señor Jesús fue serio en cuanto a obedecer al Padre; estuvo dispuesto a llevar la cruz. ¿Puedes imaginar cuán difícil fue enfrentar el azote y la crucifixión? Soportó acusaciones falsas y burlas. Fue escupido y golpeado. Oh pudo haber llamado doce legiones de ángeles para detener Su arresto y crucifixión, pero Jesús amó al Padre e hizo exactamente como Él le dijo. El corazón de Jesús oró: “no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Mi amigo, no puedes obedecer al Padre si antepones tus deseos a Sus mandamientos. No puedes obedecer al Padre si cambias Sus mandamientos para adaptarlos a tus propios deseos o a los tiempos.

Las formas falsas del cristianismo nunca están contentas con escuchar al Señor. Añaden sus credos y tradiciones humanas. Ciegamente van más allá de lo que Dios dice y desvían a las personas. Pablo advirtió a los ancianos de Éfeso en Hechos 20:28 al 32, “Yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno. Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados.” Yo hago lo mismo hoy. Ve a la Palabra.

Oremos. Padre, estamos agradecidos porque en Tu sabiduría nos diste Tu palabra para que podamos llegar a ser sabios. Ayúdanos a ser humildes, a escuchar y a ser obedientes a Tu voluntad. En el nombre de Jesús, amén.

Hebreos 5:8 al 9 dice: “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.” Jesús aprendió obediencia al experimentarla. Hebreos 2:9 dice: “Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y honra a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos.” Jesús puede salvarnos y darnos vida eterna porque obedientemente experimentó el sufrimiento de la muerte. Nuestra salvación vino por Su sufrimiento en la cruz.

Jesús no solo habló de hacer la voluntad de Dios, sino que se humilló como siervo e hizo lo que el Padre le pidió. Nosotros también debemos dejar de lado nuestra voluntad, nuestros caminos, y seguir al Señor y Sus caminos. Cuando deseamos hacer la voluntad de Dios más que seguir nuestra propia voluntad, entonces hemos aprendido lo que significa obedecer.